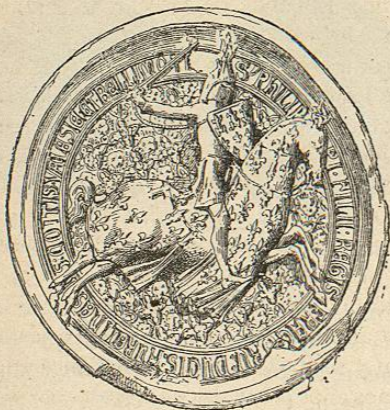


nias se quedaron en el país campando por sus respetos.

Se encuentra de todo en estos restos de ejército: gascones, navarros, españoles, ingleses, bretones, galos, alemanes, brabantones, holandeses, etc. Entre los jefes figuran caballeros, escuderos, bastardos de casas poderosas, y también gentes de nada, criados, campesinos, artesanos, con nombres de bandidos, Espiote, le Petit Meschin, Hogre l'Escot, Bras-de-Fer, Brisebarre, Guillampot, Trousevache, Alain Taillecol, llamado el abad de Malepaye. Capitanes y subordinados roban las iglesias, desbalijan los monasterios, prenden á los obispos y á los sacerdotes, arrojan á los frailes de sus conventos, aben en los cálices y hacen temblar al mismo papa en Aviñón. Violan á las mujeres del pueblo, raptan y llevan en sus bagajes, ó guardan en sus fortalezas, á las damas



Sello del duque de Orleans

y señoritas nobles, roban á los niños para convertirlos en pajes. Llevan á sus prisioneros en trailla como perros, les rompen los dientes con guijarros, les cortan los puños, les azotan, les encierran en armarios ó les meten en sacos, les aplastan el vientre. Lo que quieren, sobre todo, son fuertes rescates por sus prisioneros y dehesas ó redenciones de las villas y lugares; exigen de simples burgueses centenares y millares de florines y además varas de paño, barricas de vino, pieles, especias, pescado y hasta jornadas de trabajo.

La compañía, ordinariamente, está bien organizada. Al lado de los *routiers* que llevan las armas, hay herradores, silleros, curtidores, carniceros, toneleros, costureras y lavanderas, cirujanos y médicos, escribientes que llevan la contabilidad, reciben el dinero de los rescates, redactan los salvoconductos vendidos á los mercaderes y á los burgueses. Curas de aldea dicen la misa á estos extraños fieles. Queridas y pajes siguen á la compañía y se instalan con ella. Los capitanes ingleses hasta llevan consigo á sus mujeres legítimas. La cuadra, la mesa, la cocina, están á veces montadas con lujo. Los caballos son numerosos. La compañía lleva una escolta de chalanes que revenden los objetos robados á los habitantes; pero los *routiers* guardan para sí las ricas telas, los cinturones de plata, las joyas, las plumas de avestruz y los atavíos de las señoritas (1).

Aunque cada una de las compañías era ordinariamente poco numerosa, no se pudo durante algunos

(1) S. Luce, *La jeunesse de Bertrand Du Guesclin*, págs. 315 á 342.

años echarlas más allá de las fronteras. Unas veces se desparramaban por una vasta región, y otras veces se concentraban y agrupaban en masa considerable. Gracias á su movilidad y á su servicio de espionaje, aparecían de pronto y pululaban allí donde se creía estar á cubierto de sus estragos. Sin embargo, residían de preferencia en los países donde los caballos encontraban buenos pastos y los hombres vino en abundancia: en Normandía, en Borgoña y en Langüedoc.

En todas partes fué preciso darles la caza: en Normandía, en el Perche y en el Maine, es Bertrán Du Guesclín quien más á menudo opera contra ellas. Es hecho prisionero por una especie de gigante sajón, Hugo de Calverly, en el puente de Juigné, sobre el Sarthe; pero el rey, el duque de Orleans y el duque de Alenzón le ayudan á pagar el rescate. A fines de 1361 y en el transcurso de 1362 destruye á las compañías inglesas que encuentra en Briouze, después en los alrededores de Mortain; fuerza á capitular á las tres grandes bandas establecidas en la abadía de San Martín de Séez, y obliga á James Pipe á evacuar, mediante rescate, la abadía de Corneilles, desde donde este bandido amenazaba á la vez la Alta y la Baja Normandía; derrota y reduce por algún tiempo á la impotencia á Juan Jouël, instalado en Livarot, que quería llevar demasiado lejos sus fechorías. Al año siguiente Du Guesclín es capitán del duque de Normandía en las bailías de Caén y de Cotentin, y todo el país comprendido entre Caén, Saint-Lô y Vire queda enteramente libre de bandas. Y su ejemplo arrastra á los otros capitanes reales; por todos lados se persigue á las gentes de las compañías y se conquistan ó se rescatan las plazas fuertes. Las bandas que escapan emigran en su mayoría y van á buscar en otra parte una existencia menos precaria.

El centro del reino no se verá libre tan pronto. Bretones y gascones están instalados en los alrededores de Chartres, en el Orleanesado y hasta en los alrededores de París. Los caminos entre el Sena y el Loira no ofrecen ninguna seguridad; los burgueses de París reciben el orden de evitar todo contacto con los *routiers*. Un escudero inglés, Roberto Markaunt, establecido hacia el lado de Chartres, entra por sorpresa en Vendôme, se apodera de la duquesa de Vendôme y de sus hijas, y pide al conde para su rescate 40.000 florines. Lleva sus correrías hasta los alrededores de Mans, é intenta sorprender el castillo del obispo; pero los habitantes, advertidos, han quitado las clavijas del puente levadizo; Markaunt y una parte de sus *routiers* se ahogan en los fosos. Orleans estuvo á punto de ser tomado, el Jueves Santo de 1363, por cincuenta bandidos, y se salvó, según se dice, por los gritos de un niño que estaba jugando sobre la muralla. Un castillo, en las cercanías de Corbeil, cae en poder de los *routiers* disfrazados de mercaderes de lechones. Al Oeste de París, Juan Jouël, que, después de haber renunciado á la Baja Normandía, ha establecido su cuartel general en Rolleboise sobre el Sena, tiene á su merced el Vexin y el curso del río desde Ruán á Poissi.

Después de la convención de Brétigni, algunas bandas se habían concentrado en Champaña y en los confines de la Borgoña. Poco á poco se fueron encaminando hacia el Sur, atraídos por las campañas de la Borgoña y del Beaujolais, que relativamente habían sufrido

poco de la guerra, y más lejos por las riquezas de Aviñón y de las villas del Langüedoc. Partieron en varios grupos con los nombres de «Tard-Venus» y de «Gran Compañía»; eran gentes «sin cabeza», que avanzaban en desorden. En los meses de julio y agosto, dos grandes invasiones aterrorizaron el país entre Auxerre, Dijón y Lyon. Los *routiers*, sin embargo, no encontraron su cuenta en aquella comarca. A pesar de la connivencia de algunos grandes señores del Franco Condado, enemigos de los borgoñones, no pudieron apoderarse de ninguna villa importante; todo lo que podía ponerse á salvo había sido transportado á las plazas fuertes, y los campesinos, ocultos en los bosques, organizaban cacerías de hombres contra las pequeñas bandas ó los bandidos aislados. Mediante una fuerte indemnización, las compañías convinieron en retirarse y se corrieron rápidamente hacia el Sur.

A últimos de 1360 entregarse para el rescate del rey una fuerte cantidad en Pont Saint-Espirit. En la noche del 28 al 29 de diciembre, Hawkwood, Creswey, Briquet y Segun de Badefol, llamado «el rey de las compañías», con otras bandas venidas del Sur y del Oeste, atacaron la plaza y la tomaron; no encontraron en ella el tesoro que codiciaban, pero pudieron así establecerse en una posición muy estratégica sobre el Ródano, á siete leguas y media de Aviñón, á la entrada de la Provenza y del Langüedoc. Poco á poco se les reunieron las otras bandas que habían marchado de la Champaña.

Esto produce un vivo espanto en la corte pontificia y en el Langüedoc. El papa manda hacer grandes trabajos de fortificación alrededor de Aviñón; solicita socorros del emperador, de los reyes de Francia y de Aragón, del delfin; escribe á Lyon, á Ginebra, á Besanzón, más lejos aún; los *routiers* quedan excomulgados y se predica la cruzada contra ellos. Por un convenio que se pactó en febrero de 1361, las compañías prometieron evacuar Pont Saint-Espirit y marchar á Italia ó á Aragón. Una fuerte banda pasó en efecto los Alpes para ir á combatir á los Visconti bajo las órdenes del marqués de Montferrat, con dinero del papa; pero la mayor parte de los *routiers* reaparecieron al año siguiente; Hawkwood fué casi el único de entre los jefes que se quedó en Italia, donde hizo una gran fortuna. Por lo demás, muchas compañías, al abandonar Pont Saint-Espirit, habían simplemente marchado al Langüedoc, que fué para ellas «una verdadera cámara.» Todo el país, desde Nimes hasta Albi, fué saqueado. Algunas bandas se destacaron y avanzaron allende los montes hasta el Velai y la Auvernia.

Sin embargo, no hay buena tierra que no se agote. Terminaba el invierno; la defensa se organizaba en Langüedoc bajo la dirección de Arnoul de Audrethem; en todas partes se fortificaban. Unos aventureros españoles habían llegado, conducidos por Enrique de Trastámara, pretendiente al trono de Castilla, y los Estados del Langüedoc los habían tomado á su servicio. En los primeros meses de 1362 las compañías ceden el sitio á estos recién llegados, y se dirigen en gran número hacia el Norte para explotar el Forez, el Lyonnais y el Beaujolais, donde no habían hecho más que pasar. Aparecen al Sur de Lyon, avanzan hasta el castillo de Brignais, á trece kilómetros de la ciudad, y se apoderan del mismo. Lyon compra artillería y pone en estado de defensa to-

dos los lugares fuertes que le rodean; en la ciudad se tienen linternas encendidas toda la noche. Un verdadero ejército se forma para combatir á los bandidos: los condes de la Marche y de Forez, el señor de Beaujeu, el arcipreste Arnaldo de Cervole aportan sus contingentes ó sus bandas. Tancarville, lugarteniente del rey, que ha hecho la leva en Borgoña, toma el mando de estas tropas. Se anuncian grandes refuerzos, unos al mando del baile de Chalons-sur-Saône y otros á las órdenes del mariscal de Audrethem, que ha marchado del Langüedoc.

Pero en 6 de abril, antes de que hubiesen llegado dichos refuerzos, los *routiers*, en número de cerca quinientos mil, sorprendieron á las tropas del rey y por una carga de flanco, «en filas tan apretadas como una *brousse*,» las aplastaron, «horrenda *cassatio*,» como dice un documento lyonés. El conde de la Marche, su hijo Pedro de Borbón, los condes de Forez y de Joigni fueron muertos ó murieron á consecuencia de sus heridas. El número de los prisioneros fué considerable. La desolación fué extraordinaria en todo el Este del reino (1).

La batalla de Brignais fué un acontecimiento único en la historia de las compañías. Parece que los vencedores no supieron qué hacer de su victoria; pusieron á sus prisioneros en libertad, después de haber fijado su rescate, ó bien les dejaron marchar sin pedirles nada. Se concertó una tregua, que puso por algún tiempo á la Borgoña al abrigo de una invasión, y las bandas se dispersaron y se fraccionaron en pequeños grupos. Durante algunos años pasan diseminadas á través del Lyonnais, las Dombes, el Forez, la Auvernia, el Nivernais, el Velai, el Gévaudau y el Langüedoc. Contra ellas hubo que emplear la diplomacia. Al día siguiente de Brignais pareció que se presentaba una ocasión de librarse de las mismas. Enrique de Trastámara, que estaba en el Langüedoc con sus españoles, iba á intentar hacerse dueño de Castilla. En Clermont, en 3 de julio de 1362, secundado por Arnoul de Audrethem, trató con Garcio del Castel, Béraud y Bertucat de Albret, le Petit Meschin y otros que le prometieron su concurso por 100.000 florines de oro. Se emplearon muchos meses para reunir en Langüedoc el dinero necesario. Pero antes de que se hubiera hecho el pago, los *routiers*, como para ello les autorizaba el tratado de Clermont, en vez de atravesar los Pirineos, se fueron á servir en una guerra entre los condes de Foix y de Armañac. Y cuando en la primavera de 1363 se hizo la paz entre dichos condes, al Langüedoc volvieron á afluir las bandas sin empleo.

En aquel entonces se oía hablar de un proyecto grandioso. A fin del verano de 1362, el rey Juan, marchando lentamente de ciudad en ciudad, había llegado hasta Aviñón. Se estableció, como residencia de invierno, en Villeneuve de Aviñón, frente al palacio de los papas. En marzo de 1363 vió llegar al rey de Chipre, Pedro de Lusignán, acompañado del piadoso y sabio carmelita Pedro Tomás, legado de la Santa Sede en Oriente; iban á pedir socorros para realzar el reino de Jerusalén. Esta idea de cruzada sedujo al papa y al rey de Francia. El Viernes Santo, Urbano V predicó el viaje de ultramar; reyes y señores tomaron la cruz roja y el rey Juan fué el capitán general. Varias rentas eclesiásticas se

(1) La historia de las compañías en la región lyonesa ha sido estudiada de una manera definitiva por G. Guigue en su obra *Les Tard-Venus en Lyonnais*, 1886.



destinaron para los preparativos. ¿No era esto como un medio venido de Dios para arrastrar á las compañías tan lejos que nunca más podrían volver? Pero este hermoso proyecto no dió ningún resultado. Juan volvió á París, donde hizo al rey de Chipre una recepción deslumbradora; después de lo cual no se habló más de cruzada.

Las compañías se quedan, pues, en el reino. Algunos señores las utilizan y hacen la guerra al frente de los *routiers*. Seguin de Badefol, con su compañía *la Margot*, aparece en Auvernia, se apodera de Brioude en 13 de septiembre de 1363, y después invade el Lyonnais. Una parte de sus bandas vuelve al Langüedoc. Luis de Navarra recorre el Bourbonnais. El Albigeois, la Auvernia, el Berri distan mucho de estar libres. El mal es casi el mismo en todas partes. El nuevo papa Urbano V dirige toda clase de exhortaciones á los *routiers*, que se hacen el sordo. Entonces, en 27 de febrero de 1364, por medio de la bula *Cogit nos*, y después, en 27 de mayo por la bula *Miserabilis nonnullorum*, les excomulga sin que tampoco se conmuevan en lo más mínimo. El rey Juan morirá sin ver el fin de los bandidos, que desolarán aún el reinado de su hijo.

V.—Los últimos días del rey Juan (1)

Desde fines de 1361 preocupaba al gobierno real la importantísima cuestión de la sucesión de Borgoña. Felipe de Rouvres, duque de Borgoña, poseía el ducado y el condado de Borgoña, los condados de Artois, de Auvernia y de Buologne y grandes tierras en Champaña. A los quince años había casado con Margarita de Flandes, niña de once años, heredera de los condados de Flandes y de Nevers. Pero en 21 de noviembre de 1361 murió en Rouvres, sin haber podido reunir la herencia de Flandes á sus dominios borgoñones.

Felipe de Rouvres no dejaba hijos, ni hermano, ni hermana, ni sobrino que pudiera ser desde luego investido con la sucesión del condado. Las compañías entraban entonces en Borgoña. Eran de temer competiciones á la herencia y grandes desórdenes. El consejo ducal tuvo secreta la noticia de la muerte durante algunos días para poner las fortalezas en estado de defensa. Pero, desde fin de noviembre de 1361, por acta fechada en el Louvre, el rey Juan reunió al dominio el ducado de Borgoña, no en virtud de los derechos de la corona, sino á título de más próximo heredero del difunto duque, *jure propinquitatis, non ratióne corona*.

El rey no podía pretender á toda la herencia, y en especial á las tierras que el difunto duque tenía de su madre Juana de Boulogne. Los dominios secundarios se repartieron entre los ascendientes y colaterales de mejor derecho: los condados de Boulogne y de Auvernia fueron á Juan de Boulogne, el condado de Borgoña y el condado de Artois con las tierras de Champaña á Margarita de Francia, viuda del anterior conde de Flandes y tía de Felipe de Rouvres. De este reparto se había excluido á un pretendiente, el inevitable rey de Navarra; pero éste, por el lado paterno, no era más que primo nacido de primo hermano, mientras que el rey Juan era primo hermano ó tío, según la moda de Bretaña.

(1) OBRAS DE CONSULTA. — D. Plancher, *Histoire de Bourgogne*, II, 1741. Chérest, *L'Archiprêtre*, 1879.

En la competencia del navarro estaba, sin embargo, el peligro de la cuestión de Borgoña.

Nueve días después de la muerte del duque, el rey envió á Borgoña al conde de Tancarville, y después, en diciembre, á Nicolás Braque, hombre ducho en asuntos financieros. Se organizó un gobierno y se llamó á Arnaldo de Cervole, que estaba en el Nivernais, para que fuera á Borgoña con sus bandas. El mismo rey llegó á Dijón en 23 de diciembre. Trató de conciliarse á los personajes más poderosos del ducado. Margarita de Francia había heredado el condado de Borgoña; y como, á pesar de ser el condado tierra de imperio, Margarita habíase olvidado de hacer reconocer su toma de posesión por el emperador Carlos IV, éste, á petición del rey de Francia, confirió en enero de 1363, por acta secreta, la investidura de aquel condado á Felipe, duque de Turena, hijo tercero de Juan *el Bueno*. Cinco meses después, en 27 de junio de 1363, se envió al duque de Turena, «como lugarteniente superior á todos los demás,» al mismo ducado de Borgoña. Finalmente, en el mes de septiembre y por una nueva acta secreta, Felipe, que tenía veintidós años, fué instituido duque de Borgoña.

Así se fundó la segunda dinastía capeta de Borgoña, cuyo poder debía, en menos de medio siglo, hacerse tan peligroso hasta para la misma seguridad del reino. Tal fundación, que en lo venidero pareció una falta política tan grave, no fué inspirada al rey Juan únicamente por su cariño extraordinario hacia su hijo predilecto, su compañero en la jornada de Poitiers y durante su cautividad. La Borgoña temía su unión á la corona, lo cual la hubiera expuesto mucho más directamente á la guerra inglesa; y es posible que temiera más todavía el establecimiento de la administración real. Podían producirse resistencias, en las cuales seguramente intervendría el navarro. Y las compañías estaban allí y la nobleza del Franco Condado estaba siempre dispuesta, á la menor ocasión, á invadir la Borgoña. El acto de Juan *el Bueno* parece, pues, haberse inspirado en razones de prudencia política.

Seis meses solamente habían transcurrido desde la muerte de Felipe de Rouvres cuando Carlos *el Malo* dirigió al rey sus primeras reclamaciones. Juan propuso una información sobre la costumbre y el juicio por los «pares y sabios» del reino. Se entró en negociaciones. El papa ofreció su mediación, pero el rey de Navarra hizo por manera de no encontrar á los enviados pontificios: quería que el litigio de la sucesión borgoñona se juzgara fuera de Francia. El rey de Francia llegó hasta aceptar el arbitraje del papa, «no á modo de sujeción, sino por pura voluntad;» Carlos *el Malo* esquivó la respuesta. Parecía que se preparaba para la guerra; en el mes de mayo de 1362, unos enviados de Navarra se detienen en Burdeos, donde reside el príncipe de Gales, á quien visita, un año después, uno de los hombres de confianza del navarro, Sancho López. Se hacen proposiciones «con grandes ofrecimientos de tierras y de dinero» á los barones de Gascuña. A fin de agosto de 1363, por un tratado firmado con el rey de Aragón, Carlos *el Malo* promete las senescalías de Beaucaire y de Carcasóna á los herederos de la corona de Aragón. Algunos grandes señores del Franco Condado son solicitados por él para que tomen las armas á fin de provo-

car las hostilidades. En fin, los capitanes de compañías más famosos, Espiote, Bertucat de Albert, le Petit Meschin, Seguin de Badefol, entran al servicio del rey de Navarra y se comprometen á operar en Borgoña. Aparecen bandas en Normandía. Carlos *el Malo*, en sus banderas y pendones, ha quitado de los cuarteles de Francia las armas de Navarra. Iba, pues, á fines de 1363, á nacer una guerra de la sucesión de Borgoña; pero esto será un asunto reservado al sucesor del rey Juan.

Juan fué á morir en Inglaterra. Al entrar en París de regreso de su viaje á Aviñón (julio de 1363) había sabido noticias desagradables. En el mes de noviembre de 1362, los cuatro príncipes de las flores de lis, rehenes en Inglaterra, habían pactado con Eduardo III un convenio que les aseguraba la libertad, al precio de ciertas concesiones territoriales y pecuniarias, desastrosas para el reino. El rey de Francia había aceptado este convenio que agravaba el tratado de Calais. Los príncipes obtuvieron permiso para ir á residir en Calais, ínterin se ejecutaban sus compromisos; pero juraron volver á Inglaterra si antes de la fiesta de Todos los Santos no se hubiesen entregado las tierras y el dinero prometidos. A Calais habían mandado que se llevaran sus arneses de justas y sus lebreles, y que fueran sus oficiales de secretaría y sus criados. Estaban autorizados para salir de la ciudad. Luis de Anjou se aprovechó de ello para dar cita á su mujer María de Bretaña, dama de Guisa, con la cual había vivido tan sólo algunos meses después de su casamiento. Se encontraron en la peregrinación de Nuestra Señora de Boulogne, y el duque, olvidando promesas y juramentos, marchó con su mujer á Guisa. Su hermano mayor, el delfín, fué á encontrarle cerca de San Quintín y le suplicó, pero inútilmente, que volviera á Calais.

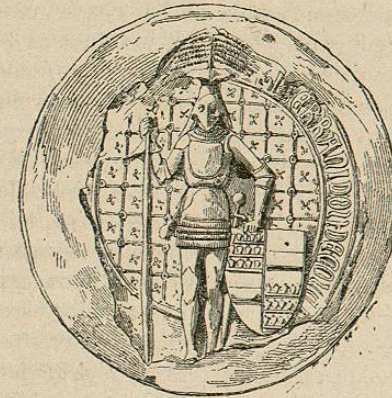
Lo mismo que Eduardo III, Juan pensó que su hijo «había mancillado en gran manera el honor del rey y de su linaje,» y quiso reparar esta felonía. Además el pago del rescate estaba muy atrasado; los compromisos contraídos acerca del particular no se habían cumplido; no se sabía cuándo se pondría en libertad á los rehenes y se podían temer nuevas escapatorias. Obrando como un leal caballero, Juan resolvió volver á Inglaterra.

Antes de partir, reunió los Estados generales en Amiéns. En ellos se votó un nuevo subsidio bajo for-

ma de fogaje. Las peticiones de los diputados dieron lugar á una importante ordenanza acerca de las gentes de armas, la justicia y la administración. El rey estableció á su hijo primogénito como regente durante su ausencia, y en 3 de enero de 1364 se embarcó en Boulogne (1). En Inglaterra fué recibido con grandes honores. «Fué un domingo por la tarde cuando llegó allí. Y hubo entre dicha hora y la hora de la cena grandes danzas y grandes carolas.» Juan volvió á instalarse en el palacio de Saboya, donde se pasó el invierno alegremente. Dicho palacio y el palacio de Westminster, habitado por Eduardo III, estaban situados á orillas del Támesis; los dos príncipes iban en barca á visitarse. En los primeros días de abril Juan estuvo en peligro de muerte; el día 6 de abril hizo su testamento y el 8 murió. Se tributaron los más grandes honores á su cadáver, que después fué llevado á Francia.

El rey Juan, más conocido, sin embargo, que Felipe VI, es también una figura sin claridad. No parece que fuera inteligente; pero no hay duda que fué obstinado: este juicio de que era «lento en informarse y duro en dejar una opinión» nos da de él una idea bastante justa. Fué muy valiente, pero era un caudillo militar detestable. ¿Hasta qué punto se interesó en su gobierno? Parece que dejó hacer á sus consejeros, gentes hábiles, que mantenían las tradiciones, pero en su mayor parte muy faltos de honradez. Se diría que solamente pidió al reino que le mantuviera en su caballería insensata. ¿Fué sensible á los males de sus súbditos y á los grandes desastres del país? ¿Qué pasó por aquella cabeza la noche de Poitiers? ¿Le bastó haber vivido, en aquella jornada, algunas horas caballerescas? ¿En qué pensaba en Inglaterra, entre las fiestas, y especialmente el día que quiso entregar la mitad de su reino para rescatar su persona? Extraño egoísmo, del que sin duda ni aun tuvo conciencia. El rey benefició del epíteto que le dieron: se le llamó *el Bueno*, pero fué por las razones que valieron este título á su padre político, el rey Juan de Bohemia, «el cual era llamado el buen rey Juan porque era muy generoso y muy cortés y le gustaban fiestas y torneos, danzas y entretenimientos.»

(1) Sobre este punto y sobre los últimos días del rey Juan, véase al duque de Aumale, *Notes et documents relatifs à Jean le Bon et à sa captivité en Angleterre*, 1856. G. Bapst, *Le testament de Jean le Bon*, 1880. E. Fournier, *L'esprit dans l'histoire*, 1882.



Sello de Enguerrando de Coucy